

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

6 números cada quince días:	Ptas. 0,50	al mes.
12	1,00	»
24	2,50	»
48	5,00	»
96	8,00	»

PAGO ADELANTADO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discipulos.)

No se atrevía con Jesús

Yo conocí un pobre muchacho. ¡Qué bueno era cuando niño! Su madre me lo trajo cuando era aún pequeñito. Acababa de hacer la primera comunión. Venía con ella a misa y a comulgar. Desgraciadamente, el padre no le daba muy buenos ejemplos. Y como muchos de los niños, no podía venir a la iglesia con su padre; por eso tenía que venir a la iglesia con su madre.

Y venía, venía dócilmente. Aún no había destilado en su corazón la serpiente aquella venenosa idea: «Tú eres hombre, como tu padre; y ya ves que tu padre no comulga, no confiesa, apenas va a la iglesia, y no se ocupa de religión. Tu hermana será como tu madre, y tú serás como tu padre.» Aún, digo, no había puesto el demonio esta idea en el alma de Fulgencio.

Yo acepté el encargo de dirigir la conciencia de Fulgencio, pero si he de decir la verdad, con pena; como recibo el encargo de cada niño, que comienza a dirigirse por mí. Porque estoy previendo que en cuanto llegue a los trece o catorce años, ha de huir de mí... ¡Pobres muchachos! Cuando más les hace falta su confesor, cuando entran en el peor de los periodos, en el paso más borrascoso y más confuso de la vida, en el bivio en el que se decide la suerte de toda la vida, en el cambio de agujas que tanta destreza y experiencia requiere, huyen de su confesor, para andar errantes de uno en otro al principio, y quedarse después sin ninguno!

¡Oh, jóvenes! No dejéis a vuestro confesor en la edad más peligrosa de vuestra vida. Antes entonces más que nunca tenedle, confesadle todas vuestras flaquezas, y pedidle su auxilio y sus consejos. Desde los 13 a los 23 años es cuando más falta os hace un amigo director. Los que han seguido este consejo ¡qué suerte han tenido! Conozco varios de estos.

No lo hizo así Fulgencio. Como yo me temía, a los trece años y pico, empecé a verle raras veces. Conocí que huía de mí. Yo me resigné a no ser su amigo, a pesar de lo que hasta entonces le había querido y le seguía queriendo.

Su madre había casi muerto. Digo casi muerto, porque, en realidad, vivía. Pero vivía paralítica, casi ciega, y muy menguada de inteligencia.

Fulgencio, en honor de la verdad, la cuidaba muy bien, y no creo que le diese disgusto ninguno, gracias a que la pobre señora no podía darse cuenta de lo que

Fulgencio hacía fuera de casa; y dentro todo lo que veía era bueno.

Por lo demás, Fulgencio era malo. Sabíalo yo, no por mí mismo, sino por lo que de él oía hablar, por lo que leía, por lo que sonaba. Hizo barbaridades muchas y de todo género. Habló en reuniones, disparatando. Pervirtió a muchos. Escribió atrocidades; escribía muy mal, porque mal estudiante, aunque no dejaba de tener algún talento, nunca aprendió nada, y como no tenía gracia natural de escribir, sus articulejos eran una especie de vaciedades sosas, sin más sal que las barbaridades teológicas, filosóficas, morales, políticas, sociales, lógicas, y, en fin, hasta gramaticales, pues de todo había, menos las ortográficas, seguramente porque se las corregía el regente. Porque él era capaz de escribir *uevo* sin hache y aun con *g*, *guevo*.

Por contarle todo, se casó, y por cierto con alguna suerte, porque logró el amor de una chica piadosa, y no pobre, ni tonta, aunque no lo parezca, pues se casó con semejante hombre, de la cual tuvo un precioso hijo.

Poco le duró la suerte. Pues a fuerza de desórdenes, Fulgencio, jugador, bebedor, revoltoso, loco, juerguista, perdió pronto su fortuna.

Cuando Dios da, da recio; y recio dió a Fulgencio por aquellos días. Después de perder su fortuna perdió una porción de amistades. Luego perdió su mujer, cuando acaso empezaba a amarla. Luego perdió su hijo, cuando aún le duraba el dolor de su mujer.

Desesperado de tanto golpe y sin fuerzas cristianas para aguantarlos con serenidad, dióse más que antes el vértigo de la pasión, de la rabia y de la vida derrrotada. Yo le perdí más que antes de vista. Sólo de cuándo en cuándo oía hablar de él. Según mis noticias, cada día se degradaba y se vulgarizaba más. Le habían puesto un mote: «El Roto». Y según me lo describieron, una vez que habló en un mitin en tiempo de huelgas, efectivamente, andaba roto de alma y de cuerpo, y sobre todo, de vestidos y de bolsillos.

Una tarde, más bien un mediodía, a hora en que nadie había en la iglesia, entré yo en ella, a encomendar a la Virgen un asunto que entonces tenía que acabar; y puesto en un sitio retirado rezaba algunas Avemarias a nuestra buena Madre y bondadosa Señora, para alcanzar mi gracia. El templo estaba absolutamente vacío.

Iba yo a levantarme cuando sentí que se abría una de las puertas de entrada,

y vi entrar a alguno que no conocí.

Aunque se había acabado mi devoción, me retuvo mi curiosidad hasta ver quién a tales horas se metía en la iglesia. Y ví que entraba un hombre verdaderamente roto, que espontáneamente me trajo a la memoria a Fulgencio, el roto de alma y cuerpo, de virtudes y de vestidos. Aunque no pensé que pudiera ser él.

El hombre roto penetró en el templo un poco a tientas, como quien por venir de la plena luz exterior, no distinguía en la densa penumbra interior los obstáculos. Le ví mirar un poco desde la puerta a todo lo interior, como para cerciorarse de que no había gente. Luego tomó agua bendita. Cruzó después la iglesia con paso firme y cauteloso. No hizo sino una leve reverencia al altar mayor. Decididamente venía a la capilla de la Virgen, que estaba en una nave lateral, y a mí me cogía en mi rinconcito.

Yo estuve vacilando si toser si dar señas de mí, si callar, si salirme con paso fuerte, si quedarme a ver lo que hacía aquel desconocido. Por fin, como sucedió en las vacilaciones, perdí el tiempo, no hice nada y me tuve que resignar a quedarme allí silencioso en mi rinconcito.

El hombre roto miró de nuevo alrededor y como no me vió, no vió a nadie, se puso de rodillas y se quedó mirando a la Virgen del altar, sin decir nada en un buen rato.

Yo no resollaba. Pero no perdía de vista ni un pormenor.

El hombre ajado estuvo un minuto mirando a la Virgen, luego se sentó en un banco; puso una pierna sobre la otra, cruzó sus brazos, y así estuvo diez minutos largos, en que yo me ahogaba entre las ganas de toser y de resollar siquiera, de mi absoluto silencio.

Evidentemente, aquel hombre oraba ante la Virgen y le pedía algo con mucha devoción. Ya ni siquiera me acordaba de Fulgencio, ni pensaba remotamente que aquel pudiera ser «El Roto».

En esto un ruido leve, acaso de algún ratoncillo que anduviese por la iglesia, o de algún descascarillado de la pared, o de algún banco que caía a su equilibrio, le despertó de su recogimiento. Alzó un poco sobresaltado la cabeza, miró a varios sitios con cautela, volvióse a persuadir de que no había nadie, y se arrodilló de nuevo.

Entonces cruzó sus manos, alzó sus ojos a la Virgen como para despedirse, y dijo con voz rezadora, pero que yo pude oír algo:

«¡Sálvame, Virgen María! ¡Pobre Madre, perdóname!»

Y rezó bastante claramente, aunque en

voz baja, un Avemaría y una Salve. Yo le oí perceptiblemente, porque lo dijo con más fuerza, estas frases: ...*Vida, dulzura y esperanza nuestra.* Y esta otra: ...*Vuelve a nosotros esos tus ojos...* y esta otra, al fin: ¡*Oh, clementísima!* ¡*oh, piadosa!* ¡*oh, dulce Virgen María!* ruega por nos...

Terminó su oración, cogió su sombrero, se alzó, miró por vez postrera a la Virgen, y echó a andar sin parar y a paso decidido hacia la puerta, y sin tomar agua bendita ni saludar al Santísimo se plantó en la calle. Yo salí al punto de mi rincón y quise alcanzarle. Una vez fuera, le miré, y le conocí... Era, en efecto, «El Roto», era Fulgencio. Pero ¿qué hacía allí? ¿No era él un incrédulo? ¿No hacía alarde de impiedad?... ¡Vaya! no se me escapa; le voy a hablar, le voy a comprometer...

Dí una docena de pasos más largos y más aprisa y me puse al par de él en su camino, resuelto a abordarle para lo que yo quería. Fulgencio tenía fe. ¿Se le podría salvar? Aquella era buena ocasión. Nadie nos veía.

—Fulgencio, le dije.

—¡Oh, Padre Fillín! ¿De dónde viene usted?—me preguntó algo sobresaltado.—Cuánto tiempo que no le he visto a usted. Pero ¿de dónde viene usted ahora?

—Vengo de esta iglesia.

—¿De esta iglesia? ¿cómo? ¿no es posible!

—¿No?...—le pregunté escrutándole.—¿Y por qué?

—Porque, porque... acabo de estar yo en ella, y no he visto a usted.

Pues yo en cambio te he visto a tí...

—No será verdad. ¡Si no había nadie!... ¿Estaba usted en el coro... tal vez?

—No, Fulgencio. He estado a diez pasos de tí. Pero no me has visto. Y no disimules nada, porque te he visto todo. Te he visto entrar, y mirar, y rezar de rodillas, y sentarte, y volver a arrodillarte, y rezar: ¡Sálvame, Virgen María! y un avemaría y una salve que tú creías que sólo te oía la Virgen. Dime que no...

Fulgencio bajó los ojos, se puso rojo de rubor, no soltó una palabra, pero sí dos lágrimas que corrieron por sus ojos. Por fin, añadió:

—Padre Fillín, yo soy muy desgraciado.

—No eres muy desgraciado, puesto que invocas a la Virgen. Le has dicho: ¡Sálvame, Virgen María! Y aquí me tienes; ella me envía a salvarte. Ella ya te ha oído. Falta que tú le oigas a ella.

Fulgencio no sabía ni qué decir, ni qué hacer; estaba atontado y casi desvanecido.

—Mira, Fulgencio, le dije, volvamos a la iglesia; porque tú no estás ahora para seguir adelante. Estaremos solos en ella y hablaremos. ¿Quieres?

—Lo que usted quiera, me dijo, y me siguió dócil como un cordero.

En la iglesia nos sentamos los dos y ya que estábamos solos comenzó a hablar.

—A usted le ha extrañado sorprenderme en este sitio y rezando, ¿verdad?

—Un poco, sí. Pero no del todo.

—Pues bien, le diré a usted todo. Sabe usted que en tiempos mejores yo quería a mi madre mucho. Siendo malo y todo, procuré que ella no se llevara ningún disgusto. Si mi vida le hubiera dado disgustos a ella, yo la hubiera dejado al punto. Mas ella no sabía nada. Como estaba paralítica, ciega y casi alelada... Pero era preciso rezar todos los días ante ella. Y

yo confieso que sólo por ella recé todos los días. El último rosario lo recé el 3 de Junio del año en que ella murió. El 4 por la mañana se la llevó el último ataque repentino.

—Y ahora, ¿a qué vienes a rezar?

—Es que me pidió que todos los meses viniera una vez a visitar a esta Virgen. Y se lo prometí. Y suelo venir a esta hora siempre un día al mes.

—Pero si tú andas diciendo que no crees en nada...

—¡Hombre!... en nada... ¡qué sé yo!... algo habrá... En la Virgen... creo.

—Y ¿por qué no crees en Jesucristo, en el hijo de la Virgen? ¿Qué es la Virgen sin Jesucristo?

—Padre, no me pida usted lógicas. Yo no tengo más lógicas que las de la pasión. Pero cuando salgo de esas lógicas que me enredan, yo creo que creo en todo... en todo lo que creía cuando me confesaba con usted. ¡Qué feliz era yo entonces! ¡Ojalá no lo hubiera dejado!...

—Oye, Fulgencio, ¿y por qué has entrado y no has hecho un saludo a Jesucristo?

—¿A Jesucristo?... ¡mjúúú! A Jesucristo... le temo. No quiero nada con Jesucristo.

—¿Y por qué no? ¿Qué te ha hecho Jesucristo?

—¿Hacerme a mí? Nada. Yo soy el que le he hecho a él. Y por eso temo a Jesucristo. Yo he blasfemado de él, he escrito contra él, he hablado contra él, y hasta... en fin, no me atrevo a decir más. ¡Quién sabe si se lo diré algún día!... Al paso que va esta conversación, nada me chocaría.

—¿Y qué? Contra la Virgen también habrás escrito, y sin embargo...

—No, señor, nada; nunca he escrito contra la Virgen, nunca he dicha nada contra la Virgen.

—Bien, ¿y no sabes que ofender a Jesús es ofender a la Virgen?

—Sí, pero es distinto.

—Mira, Fulgencio, desengáñate; si has de amar a la Virgen es preciso que ames a Jesús, y si tienes fe en la Virgen es preciso que la tengas en Jesús. Y si de veras amas a la Virgen es preciso que dejes esa vida mala y rota que llevas, y te confieses y vuelvas a la vida de la gracia.

—Hace tiempo que estoy viendo eso mismo... Esa Virgen me arrastra, P. Fillín. Esa Virgen no me deja vivir. Cada mes, cuando vengo aquí, casi no puedo salir sin prometer que me he de confesar y convertir. Pero, Padre, cuesta tanto, una vez que uno se ha metido en el calabozo del desorden, salir de él...

—Pues esta vez saldrás, sin remedio. Aquí mismo has de prometer a tus dos madres, a la Virgen y a tu madre, que en paz descansen, que la primera visita que hagas a esta iglesia será para comulgar en ella. Y que no sólo irás a la Virgen sino también a Jesús. No temas, que es muy bueno.

Nos arrodillamos. Yo abracé a Fulgencio y mirando a la Virgen le dije:

—Señora y buena Madre: yo os prometo que Fulgencio vendrá a comulgar muy pronto en esta iglesia. ¿No es verdad, Fulgencio?

—Padre, cuando usted diga.

Y así por su madre fué a la Virgen y por la Virgen fué a Jesús.

«El Roto» estaba compuesto a los cuatro días, y vivió sin volverse a romper, y murió completo del todo, mediante el viático y la extremaunción, tomados muy a tiempo y fervorosamente.

R. V. FILLIN, S. J.

La visita al pobre

—Aquí me tiene usted, conforme le prometí ayer.

—Veo que eres hombre de palabra. Tu compañía me será muy agradable y puede que de la visita que vamos a hacer, como socios de la Conferencia de San Vicente, saques provecho para tu alma.

—Nada perderé por echármelas hoy de paulino... es decir, si lo saben los de mi Sociedad puede que decreten mi expulsión definitiva. Porque este es su lema: «Chupemos de los católicos cuanto podamos, pero transigir con sus cosas ¡nunca!»

—Estoy enterado. Vuestras Sociedades no quieren, aunque lo aparenten, servir al pobre sino servirse de él para fines como los que has podido entrever en aquella junta misteriosa. Y esto no lo digo yo precisamente, lo han dicho entre otros muchos el célebre revolucionario Blanqui: «Nosotros nos diferenciamos de los católicos en que estos sirven al pueblo y nosotros nos servimos de él.» Así, pues, no te pesará nunca y menos delante de Dios, el haber obrado como paulino y en cambio cada vez habrás de sentir más el tiempo que malgastaste en lides socialistas.

—Probaremos. Y dígame, esos pobres a quienes ustedes socorren serán como un ejército de incondicionales, vamos, que los tendrán siempre propicios para sus campañas, siquiera por agradecimiento.

—No nos cuidamos de que nos lo agradezcan, ni lo pedimos. Buscamos únicamente el aliviar sus necesidades en cuanto nos sea posible, el consolarles en sus penas, proporcionales buen consejo y nada más.

Algunos de los favorecidos con nuestras limosnas nos critican, se burlan de nuestras palabras, ayudan a nuestros enemigos, que son los enemigos de la Religión, cuando les viene en gana, y hasta se obstinan en sus malas ideas muriendo impenitentes a pesar de nuestras súplicas y trabajos por su salvación. No obstante, el socio de San Vicente de Paul, sigue sin desmayar en su bienhechora misión, sabiendo como sabe que los frutos y el premio de las obras corresponden a Dios otorgarlos cuando lo tengan a bien. Nosotros nada perdemos con ser engañados, quien pierde mucho es el engañador, pero estos no abundan, gracias a Dios, entre los socorridos por la Conferencia. A la corta o a la larga comprenden lo desinteresado de nuestra conducta con ellos y entran en razón.

El pobre que ahora vamos a visitar está muy enfermo del estómago, era un socialista fanático, se desengañó de sus teorías ante el comportamiento de sus amigos y ante las razones y argumentos que le exponíamos nosotros, ya con palabras, ya con libros y periódicos que le proporcionábamos y que él antes no quería ni ver siquiera.

Tiene mujer, que asiste por las casas, y un hijo de doce años que le hemos puesto en un asilo, con autorización de sus padres, mejor diré porque ellos nos lo suplicaron. Era un perillán. Hoy les escribe unas cartas que enternecen. En la última les dice que quiere ser religioso.

Hemos llegado.

—Esto no es casa, es una pocilga.

—¿No te atreves a entrar?

—Sí... después de todo, yo no vivo en ningún palacio.

—Para ricos y pobres estas visitas tienen mucho de edificante. Ve el rico en ellas cuánto tiene que agradecer a Dios

que le preservó de tales amarguras y aprende a ser generoso y compasivo con el que sufre, y el pobre se convence también que no es su cruz de las más pesadas, aunque sí de las más protestadas, por singular providencia de Dios! hermosa lección de conformidad con la Voluntad divina nos suelen dar estos infelices que tantos males tienen sobre sí: miseria, hambre, enfermedades, abandono...

¿Seríamos nosotros, que les aconsejamos, tan sufridos como ellos? Mucho hay que considerar en estas cosas. Pobres muy buenos que sufren horriblemente. Ricos muy malos que gozan de todas las comodidades. Tiene que haber un día de justicia en que cada cual lleve su merecido...

—Buenas tardes nos dé Dios, amigo don Manuel. ¿Qué semanita nos ha dado su estómago?

—Mala, mala. ¿Cómo va a responder esta *arca de provisiones* después de la vida que llevé tan desordenada? Estoy pagando las consecuencias. Paciencia. Pero... ¿cómo viene... ese con usted?

—¡Manolo!... ¡Si no te conocía!...

—Ya nos conocimos bastante en algún tiempo. ¿Recuerdas cuando no me dejabas a sol ni a sombra para que me asociase con vosotros? ¿Recuerdas las perrerías que me hicisteis tú y los tuyos hasta que caí en vuestras redes? Y luego ¿qué pasó?... Vale más callar, pudiera escandalizarse este señor, al que no debo más que buenas acciones.

—Todo cuanto me dices es la verdad. He sido muy malo contigo, te he perjudicado mucho, pero ten en cuenta que yo obraba de buena fe, creía que nuestras doctrinas, que nuestras sociedades, eran nuestra salvación y a todos quería llevar a ellas a la fuerza. Vivía engañado... ¡perdóname! Hoy me pesa cuanto hice contigo. Este señor que me acompaña ha sabido abrimé los ojos, me ha aleccionado en la verdad de las cosas.

—No puedo perdonarte; por tí, causa principal, me veo enfermo y en la indigencia y hasta moriría tirado en un rincón como un perro si no fuesen estos señores de la Conferencia, a quienes empecé insultando y rechazando y a quienes moriré bendiciendo... No, no puedo perdonarte.

—Cuidado, señor Manuel, que vuelve usted al mal camino. Perdonar se debe perdonar siempre. ¿No está Cristo perdonándonos a nosotros a cada momento? ¿Quien no perdona a su mayor enemigo, cómo puede esperar perdón?

—Considera, amigo Manolo, que yo soy como tú un naufrago en la lucha de ideas, ¿y me niegas auxilio? Tú lo alcanzaste, ¿vas a negármelo a mí? Toma mi mano de amigo franco, leal, estréchala.

—No dude usted, señor Manuel. Deme ese gusto. Dé esa satisfacción a Dios, que la espera y que ha perdonado primero.

—¡Si no puedo fiarme de tu amistad!... ¡Me ha dado tantos chascos!...

—Te la juro noble y desinteresada por la santa misión de caridad que aquí me ha traído, creo que providencialmente. Sabía que se trataba de un pobre de la Conferencia de San Vicente y quise honrarme acompañando a este señor que es socio y que acostumbra a visitarte y si tú y él me lo permitiérais seguiré viniendo a consolarte, a ayudarte en todo lo que me sea posible, a reparar en algo el mal que te hice... ¿Aun dudas viendo mis lágrimas?...

—No... no dudo. ¡Dame un abrazo! Todo está perdonado... Seamos amigos.

—Ahora sí que lo seremos de verdad.

—Porque lo sois en Cristo, el único que sabe unir los corazones con amor puro y santo.

J.

CONTRA LA TUBERCULOSIS

Toda la prensa española ha dado cuenta de un maravilloso invento contra la tuberculosis, debido al sabio filántropo doctor Jaime Ferrán, consistente en una vacunación que preserva durante cinco años de tan criminal enfermedad. Los esfuerzos realizados por tan eminente doctor dieron finalmente los resultados por él apetecidos, coronando el éxito más lisonjero su penoso estudio en bien de la humanidad.

Asegura dicho doctor ante informes que se le tienen pedidos, que pasan de muchos centenares de miles los vacunados ya en numerosas poblaciones de España, y añadiendo que solamente en Alcira, donde reside el Dr. Ferrán, se vacunaron en seis días más de once mil, instruyendo además al pueblo, sobre el particular, en conferencias públicas; detalle que cita el inventor para poner ante los ojos el incremento que ha tomado su vacunación antituberculosa.

Sin criterio en lo social

En las cuestiones sociales es muy grande la confusión y el desconcierto.

Nada digamos de las muchedumbres. Estas son incapaces de desenredar cuestiones tan complejas y difíciles, mucho más siendo ellas las que están más irritadas y apasionadas. Pero de todos modos, la Iglesia y la instrucción por ella dada a las muchedumbres era lo más a propósito para educarlas y ponerlas en el verdadero camino de la justicia. Si las masas fuesen verdaderamente católicas y religiosas, se las podría guiar por el camino de la justicia y de la razón. Mas ahora, como no sienten la religión, como no acatan la autoridad religiosa, como no creen, ni esperan más allá, y sobre todo no aman, antes odian, y sólo quieren lo presente, y sólo creen a sus explotadores, que los engañan con sofismas y también con violencias y seducciones, y aun con ventajas temporales obtenidas a viva fuerza, proceden sin más criterio que el de las próximas ventajas que puedan lograr.

En las masas obreras, y en general en las masas populares, no hay más criterio que el egoísmo, y el egoísmo a corto plazo, para ser satisfecho hoy más bien que mañana.

Y todo esto, es como he indicado, efecto de la falta de dirección religiosa. Porque para el pueblo no hay más educador verdadero que la Iglesia. Ahora bien, los directores de la sociedad y los patronos los han apartado de la Iglesia. Ellos tienen la culpa de todo lo que pasa.

Comenzaron por quitar el domingo cristiano, por desacreditar a la Iglesia, por quitarle el prestigio, por ridiculizarla, por privarla de la posibilidad de ejercer dignamente su culto y su ministerio, por reducirla al estado de pordiosera. Con esto aquella enseñanza del catecismo y de la moral cristiana, que era la más civilizadora del mundo y educadora de los pueblos, hoy es completamente nula. Decidme dónde se recibe por los obreros, por las masas, la instrucción religiosa, ni moral necesaria.

Así que da pena ver el estado de ignorancia y de brutalidad en que están las masas. No tienen una idea, no tienen un criterio elevado. Serán o no serán malas;

pero en punto a ideas morales son idiotas.

Ahora bien, si siempre ha sido necesaria la instrucción y el criterio en el pueblo, hoy, en que tanto interviene, es mucho más necesaria.

Además, como en virtud de libertad de imprenta y de propaganda, que ciegamente se obstinan en defender aun partidos que se dicen de orden, se enseñan al pueblo las doctrinas más subversivas, y se le inspiran los sentimientos más acerbos y codiciosos, necesariamente tenemos un pueblo rabioso, un pueblo rebelde, un pueblo ciego, un pueblo fiero, el que merecemos, el que nos hemos hecho. Su criterio no es otro que el de ganar cuanto pueda, trabajar lo menos que pueda, para gozar lo más que pueda, y para ello ¡guerra a los patronos! ¡a la cabeza!

Tampoco en las clases directoras hay criterio. En los gobernantes que no son patronos, no hay criterio fijo, ni puede haberlo; unas veces se agarran a un sistema, otras a otro, sin normas fijas y seguras, adulando o sirviendo experimentalmente a quien en cada caso les convenga o les parezca, ora cediendo a los patronos, ora cediendo y adulando a los obreros, cuando temen su fuerza y los conflictos que de ella necesariamente resultan y seguirán resultando, sin tener plan ni criterio para corregir de raíz con criterio y con sistema los males. Y por supuesto, sin volver los ojos a la gran remediadora de los grandes males, que es la religión cristiana.

En cuanto a los patronos, también proceden a tientas. La codicia, el temor, la fuerza, la coacción, la ira, el interés, ora actuando uno, ora otro de estos móviles terrenos y naturales, son sus criterios. Patronos que sigan ningún criterio y menos el criterio cristiano y lo implanten en sus casas o industrias, son escasísimos. Antes pareceles a los más que esta cuestión de la lucha de clases no es cuestión que tenga que ver con la religión, ni recibir de ella inspiraciones, y atienden con suspicacia y con aversión las soluciones que de parte de los ministros de la religión o de los directores católicos se les ofrecen.

Y lo que decimos de la cuestión obrera, podríamos decir de otras muchas cuestiones sociales.

Tengamos criterio cristiano en todo. Y cuando hablemos o tratemos o procedamos en cualquier terreno de verdad, ante todo defendamos y sostengamos y tengamos por norma lo que de aquello nos diga o prescriba la Iglesia.

Y seamos en filosofía cristianos, y en política cristianos, y en sociología cristianos, y en moral cristianos, y en arte cristianos, y en ciencia cristianos, y en pedagogía cristianos, y en todos los juicios de nuestra vida cristianos.

A mi me inspiran repugnancia muchos que, inconscientes en lo que hacen, es verdad, pero con suma ligereza, y más amigos de los racionalistas que de los cristianos, a quienes pertenecen y entre quienes quieren vivir o por lo menos morir, leen más a los de enfrente que a los nuestros, y creen más a cualquier escuelilla, y ni escuelilla, a cualquier filósofo que por esos mundos salga inflado por la prensa sectaria y aduladora, que a la Santa Madre Iglesia Católica, nuestra veterana de Europa y del mundo, nunca jamás desmentida ni cogida en error, y a los doctores que conforme a su doctrina nos enseñan, vigilados por ella y aprobados.

Para todos los problemas morales y religiosos tiene ella el monopolio de la solución, y para muchísimos filósofos y cien-

tíficos, contribuye con mucha y sólida verdad.

Y por tanto, lo que debemos hacer es aprovechar este tesoro que del conocimiento de Cristo y su doctrina, mediante la Santa Iglesia, podemos sacar. Y no acudir como acudimos tanto a los mundanos, a los paganos, a los racionalistas. Estos en cuanto se apartan de Cristo yerran. Y para que conozcamos antes si se apartan de Cristo y no nos apartemos nosotros con ellos, estudiemos antes a Cristo, y procuremos con seriedad una sólida instrucción religiosa, para que sepamos hablar y sentir rectamente con criterio católico, que es el único verdadero y de autoridad. Que para ello tenemos buenos libros, y buenos doctores y buenas enseñanzas.

R. V. UGARTE, S. J.

Util y dulce

En el ferrocarril:
—Caballero—dice un viajero a otro que no cesa de escupir—, ya sabe usted que

está prohibido a los viajeros escupir en los coches.

—Sí, señor, lo sé. Pero yo no soy viajero, soy el Director de la Compañía.

¡Quién es rico!

Quien tiene una buena esposa,
quien es padre de buena hija,
quien se conforma con poco;
el de conciencia tranquila,
el que da limosna al pobre,
el que es hijo de María,
el que sabe el Catecismo
y lo que sabe practica;
quien mucho teme a la «carne»,
y no teme a la vigilia;
quien va a consultar con Dios
antes de buscar costilla;
quien puede decir a gritos:
«es mi nuera una santica»;
quien tiene casita propia,
aunque sea chiquitita,
y viven como cristianos
todos los que en ella habitan...
¡Esos son ricos, señores!
Todo lo demás... ¡pamplinas!

Apologética

No profieras palabras mal sonantes, ni mucho menos blasfemias; eso te mostrará como un ser degradado, desgraciado, inculto e ineducado.

El Presidente de la República socialista alemana ha dicho que, para que un pueblo sea grande, tienen que desaparecer la lucha de clases, las huelgas y el boycotaje.

Pues es lo único que saben cultivar los socialistas españoles.

Y por eso podemos deducir lo que quieren hacer con España: Aniquilarla.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. I. A.—Madrid.—Pagó fin Julio de 1919.

Sr. Corresponsal de P. de Siero.—Pagó fin Agosto 1919.

Sr. C. P. Feleches.—Abonó aumento 6 ptas. hasta fin 1919.

Imp. LA RECONQUISTA :: S. Bernardo, 99. Gijón.

TEJIDOS EN GENERAL

ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Droguería y Perfumería de

VICTOR ANTOLIN

Corrida, 90.—GIJÓN

La Rusquilla

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.
Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Fotografía VILLANUEVA

LA MAS CÓMODA Y ECONÓMICA

C. Corrida, 62, bajo :: GIJÓN.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

C.

ACEBAL, RATO Y COMP.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca. Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Comp.^a

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

Doctor Calisto de Rato y Rocés

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y dos años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63.

GIJÓN.